

Díaz Choza, Mateo. *Av. Palomo*. Lima. Paracaídas Editores. 2013

El poeta Mateo Díaz ha decidido dar el primer paso de su trajín poético con un libro de fuerte cántico, que convoca los confines y el éxodo de la condición humana, desde su lado más rapaz: la conciencia de su finitud, la inutilidad del tiempo, el deterioro insalvable, el instinto de autodestrucción. Pero no tendría esto, a lo mejor, la suficiente trascendencia si no fuese porque sobre ello el autor a través de su yo poético cierne una mirada lúcida sobre dicha condición, que lejos de evadirla encuentra el conocimiento desde su propia oscuridad y la oscuridad del mundo.

En “Funeral”, primera parte del poemario, nos encontramos con la figura del “cadáver exquisito”, que (lejos de ser la que acuñó Tristan Tzara, en un ánimo trasgresor y lúdico de las formas) se presenta como una composición “rica” en decadencia. La nada, la soledad, la muerte, el silencio, el olvido y lo efímero son figuras que indesligablemente se asocian a este yo poético primigenio, y que hacen, pues, de este un “rico banquete” para el deterioro y el impasible exterminio, para ese “horrísono estruendo de la tierra” al que alude Mateo, y que avanza irrefrenable por sobre todo empeño humano. El yo poético es un sujeto que con su canto apocalíptico llega, incluso, a la anulación del propio sexo (acción recurrente a lo largo de todo el libro). Me atrevo a sugerir que una interpretación de esto último tal vez sea la aspiración de una totalidad. El ser humano, asediado por fuerzas contradictorias que sobrepasan su voluntad, es un buscador incesante de la pertenencia, pero además de no ser solo una pieza del mosaico sino de tentar un poder global, a lo mejor un poder hacedor, transpone sus propios límites y es un todo con su medio, teniendo en cuenta

además que es la única especie consciente de su mortalidad. Mas esa trasposición de límites, bien podría decirse aquí, alcanza los linderos morales y de todo principio, es decir, la renuncia del sujeto respecto de todo parámetro que obstaculice su visión directa —y si se puede decir “descarnada”— de la parte más sórdida de la realidad misma, que es donde mejor vemos reflejada nuestra condición. Así lo apreciamos, por ejemplo, en la siguiente cita: “Ebrio abrazo todo enajenado / cual tú, ya por siempre, la tierra”. La tierra que significa vida (sentir, palpar, transitar, ser un peso palpitante en el tiempo aunque con fecha de caducidad), pero también destrucción y, asombrosamente, esplendor. Pues a pesar del sugerido absurdo con el que se nos ha arrojado a ella, constituye quizá la maravilla más grande que puedan imaginar nuestros ojos: “la vida resplandeciente / sobre mi cadáver exquisito”. En este sentido, podríamos advertir también una relación materno-filial = tierra-especie, pero incluso filicida. La tierra nos alumbraba, desarrolla, nos mata, y nos hace volver a su claustro para alumbrarnos en otro que continúe la insólita dinámica, como claramente se ve en el poema IV: “Cada uno es la resurrección del otro”. Cierra la sección un epitafio de lo que alguna vez fue, y de donde partieron los ojos siempre ajenos y asombrados.

Estas precisiones se ven también continuadas en “Microcosmos”, segunda parte del libro, quizá de una manera más concretamente desarrollada. Vemos, por ejemplo, en el brevísimo poema “Crepúsculo”, la reafirmación de la idea del esplendor en los escombros: “Sobre la azotea, / el polvo también / es luz”. Si consideramos a una azotea como el espacio en el que acostumbradamente se deposita lo inservible, en desuso, hasta lo desechado y que no queremos sea visto por los otros, confiándolo al deterioro, al abandono, tal vez podamos hacer un paralelo con el ocultamien-

to, en un primer término, de las pulsiones más internas del ser humano, y de la verdadera identidad. Lo que ocultamos a la vista de los demás tal vez sea lo que verdaderamente nos identifica. Y es por ello que al confrontarlo es donde surge el conocimiento y la comprensión, “la luz”, como ha optado por sintetizarlo Mateo, desplazando la vergüenza y el miedo. En esta dirección, encontramos más trabajada la exaltación del goce de transitoriedad del ser humano que ya se atisbaba en la primera parte: “Pianista / Con las manos extendidas, / ha olvidado que busca / voz que resuena”. Y es que quizá frente al sufrimiento de proyectarse hacia un futuro incierto, a ese “perpetuo embarrarse” (al que alude el autor en el último poema de esta sección), es más cierto el goce de abrazar el instante. El ser humano aferrado en aprehender el tiempo olvida que ha sido modelado para lo transitorio. Es, quizás, cuando uno asume esa evidencia, que una auténtica voz empieza a “resonar”, desaprehendida de esa infructuosa apetencia.

En “Macrocósmos”, tercera y última parte del libro, la necesidad de desborde es inevitable, y diríamos que es la única forma que el yo poético encuentra para alcanzar la redención. Tránsito que es realizado desde los códigos del propio submundo al que convoca. Ese volcarse visceralmente es lo que le asegura la lucidez sobre la tierra y, a su vez, el parentesco con la misma contra el aciago destino de ser una materia sola. Parentesco con su paisaje, diríamos, más salvaje y maldito, y por eso más humano, ya que es ahí donde al parecer, como repito, el yo poético hallará el conocimiento, esa sensación de pertenencia, de no tener confines e irrigarse como una savia total: “abajo el espanto abriose lento / como una flor de sórdida hermosura”; pero, sin negar, recalcamos, su evidente condición: “Abajo encallé en el tiempo maldito de la carencia y el desamparo”. Así podemos ver también en el

poema “El Agustino”: “la misma voz que silencia la sed de mis ojos”, refiriéndose al llamado del cerro, símbolo de orfandad en el poemario, y donde aparece nuevamente esa urgencia filial que habíamos advertido.

Así, son sintomáticas las referencias al retorno a la intemperie, como en el poema “Todos vuelven-Vals”. Retorno que aplazamos con simulacros de vida, que el autor parece denominar “cantos inaudibles”. Hay referencias a un vacío anterior a la experiencia que nos ocupa, y la superación de esa herrumbre con un nuevo vacío de esplendor que fulmina.

En suma, *Av. Palomo* nos presenta un universo inquisitivo con sus dádivas fugaces. Un tiempo que se nos ha ido, que hemos perdido, insalvable. Y un yo poético que logra alzarse desde su propio abismo hacia el abismo universal, haciendo que su mundo, su insuficiente mundo, arda espléndido, “abrasado por la tierra”; a través de una línea literaria versátil que logra amoldar conforme a las necesidades del texto y la fuerza que requiere, así como de la concentración que demanda, logrando quedar en la atención y meditación del lector. Quizás, el hablar sobre lo oscuro en poesía, con estupendos antecesores, impone un doble riesgo y reto. (Dénisse Vega Farfán)